

EL HOMBRE GIRASOL

JULIO CÉSAR GALÁN

**Pero yo me digo simplemente: la vida.
César Simeón**

Con cuidado y siguiendo los matices del sol
me doy la vuelta y sin notarlo
mi soledad se abisma pues no supone angustia: desde fuera
recojo cada rayo para estallar las yemas y me imagino vuelo:

desde la nada presagiamos el refugio y la duda
alegre de vivir y vivimos las sílabas. Me doy la vuelta
de nuevo y además giro ciento cincuenta grados sobre
la postura anterior, mi sombra es un interrogante.

He asaltado la tierra desde el último ángulo posible,
los demás fueron comprobados hasta censar los pies,
y sin ningún motivo aparente se fijan nubes con mi ojo izquierdo,
y las aguas del río que nunca desemboca y los cisnes de nubes
lejanas y vitales y la mano del navegante
que muestra las cartografías para tocar las playas.

Desde mi ojo derecho corre azul como los caballos
el horizonte y sus alturas y la sierra con sus muflones,
y el musgo con su enigma y la nieve como reposo
frío del tiempo. Y mi frente ha cazado en medio del poema

su final, su sustento y sus raíces: Hoy se consuma la vivencia
de mudar la ceniza en fuego,
la sombra en chispa, el cuerpo en girasol.

LOS BRAZOS CÍCLICOS

Porque sólo se empieza, si de desata un río
en el cuarto creciente de la muchacha:

–*Vibro en lo blanco y voy hacia ello,*

o si el mar viene de una caracola
cuando se tañe el corazón que se rompe en nubes.

Porque unos brazos sienten como las aves los eclipses de luz
y se desatan como un río en el cuarto creciente de la muchacha
y la muchacha crec en sta sala del quinto pabellón
junto a la aguja varada en mi brazo:

cúbrete y danza, dice la memoria.

Brazos de la frontera, brazos en las preguntas y en los vuelos,
brazos de retirarse hacia donde estuvimos
y en su raptó las calles desaparecen porque son quimeras.

Porque unos brazos rugen y se enroscan por las caricias
la noche en que el espíritu de la hembra es fruta y pan
y deja que despunten sus secretos y sus orígenes, y el mar
se immortalice en la mirada que descubre y admira
entre los peces escalpelos y las mantis termómetros.

Unos brazos que gozan de su piel cuando están bajo el agua ardiente
o de un cuerpo y recorren largas horas su curso
para prenderlo en el cuarto creciente de la muchacha
y lo subre y varía en cada sesión hasta hacerse sublime y noble
y se blindo para elevarse y se eleva con cuanto fulgurece
en cada gota y en cada chispa,

y es amar y es amor: si quien riega, ya limpia.

LA PRUEBA DEL UNO

Vas por delante. No te pares. Corres
sobre el presente y la memoria
y el futuro es un sueño que venciste
ayer por la mañana. Digo más,
es una tapia, un hombre
que superaste sin esfuerzo,
con el vigor de un toro
o de un caballo en su primera monta.

Vas por delante; tu cabeza
alcanzó la primera
la meta, fulminó
a todos sus rivales:
el viento fue tu entrenador.
Era tuya la pista,
parecías volas,
los demás vuelos iban aturcidos,
cansados, tu velocidad
no se gastaba por la ligereza
de tus pies. Y vas por delante.

En tus pasos se conservaban
miles de pasos
y en tus días, desde el origen
del cosmos hasta su extravío:
fuiste el primero
 en conocer la Antártida
y el primero en probar sus restos:
en cubrir a la amante con las sedas;
en luchar en las Galias y afrontar
 la pelea prevista
por aquel grupo de escolares
 el viernes por la tarde;
en lanzarse del barco:
 la primera
rata que se tiró desde la borda;
en contar la primera fábula
y en desgarrar con la primera flecha
desde la protección de las alturas.

Vas por delante, retirado
ya de ti, ni siquiera eres parejo
a la obertura de la luz:
vas más allá, seguro
de ir más lejos. Aquellas nubes
te envidian porque la distancia
la marca el arrebol de las victorias.
Vas más allá:
el fin del cosmos es un espejismo,
también los dioses; los segundos,
un adiós.

No terminamos de pasar
y traspasar. Toda frontera
se hizo para romper sus leyes.

¿Estás conmigo?

Pues vamos por delante,
entre calles, figuras
y poemas que apenas muestran
el mundo...,

y pienso en este patio
interior y brillante que confieso
que son tus labios,
y en la memoria
universal,

y en mi insignificancia
y en las estrellas que desgajan
los muros y el silencio
y en la sopesa pegajosa
del salón y en los continentes
que chocarán y en los glaciares
que cambiaron las geografías
y las costumbres,
y también en el cielo libre y rojo
y en la solemnidad de las ciudades
enterradas bajo la arena.

Y siento el hambre
de correr más allá de mí,
las miradas olímpicas
sobre mi nuca,
la intuición de saberse el último.